

en el mismo instante un soldado cubierto de heridas y de sangre, alta la frente, animado el rostro, se lanza fuera de la refriega, llevando en la mano la bandera codiciada.—¡Vivaa! —gritan cien voces desde todos los ángulos de la casa. Se oye un toque de corneta.—¿Eh? ¿Qué es? ¿Retirada? ¿Retirada? ¿Por qué? ¡Imposible! ¡Silencio! —Otro toque de corneta y un grito poderoso del comandante:—¡Retirada! —¿Retirarnos? ¿Nosotros? ¿Ahora? ¿Por qué? ¡Es una equivocación! ¡Imposible!

Nos hallamos fuera de la casa: el comandante indica la dirección que debemos tomar; los demás batallones están ya en movimiento.—¡De manera que es cierto! ¡Retiramos! Capitán, mi capitán, ¿por qué retiramos?—El capitán, sin pronunciar palabra, se vuelve del lado del enemigo, y extendiendo el brazo hacia la llanura hace ademán de señalar algo... Miro. Era una división enemiga que avanzaba por nuestra espalda, perdiéndose á lo lejos entre el verdor de la campiña.

—¿Pero y los demás cuerpos, las otras divisiones, dónde están? ¿qué hacen? ¿por qué no vienen?

—¡Psche!—contestó el capitán encogiéndose de hombros.

—¡De manera que hemos perdido!—grité yo con acento desesperado.

—Así parece.

Miré á mis soldados, miré también la columna enemiga, miré á Villafranca, miré aquella magnífica llanura lombarda, aquel cielo hermoso, aquellos montes bellísimos.—¡Pobre patria mía!—dije dejando caer el sable... y me eché á llorar lo mismo que un niño.

La señorita apoyó pensativa la cabeza en la palma de la mano.

EL CENTINELA

ERA una de las últimas noches de Enero; nevaba. Las calles y las plazas de la ciudad, los antepechos y los miradores de las casas, los árboles de los jardines, todo estaba cubierto, sobrecargado, como envuelto en un blanco sudario: los copos, densos y espesos, caían lentamente, y en cuanto se imprimía una huella sobre la nevada acera, á lo largo de las paredes, desaparecía inmediatamente sin que de la misma quedara la señal más insignificante. Los faroles existentes en los ángulos de las calles despedían una luz velada y melancólica; desde las encrucijadas, fuera la que se quisiera la dirección hacia la cual se convirtiera la mirada, no se veía alma viviente; el silencio era tan profundo, que, si vale decirlo así, habríase oído caer la nieve.

Era una de aquellas noches en las cuales el que por su desgracia se halla fuera de su casa apresúrase á volver á ella; se desliza á lo largo de los edificios con paso rápido y silencioso, como furtivo fantasma, con los ojos clavados en el suelo para evitar los lodazales; con el sombrero calado hasta las cejas, la cabeza metida entre los hombros, el cuello del gabán levantado hasta las orejas, las manos metidas en las bocamangas, encogido y acurrucado; penetra agachado en la entrada de su casa, sube la escalera pisando fuerte para

que entren en calor los pies ateridos, sacude el vestido salpicado de nieve, mete precipitadamente la llave en la cerradura, entra, tira á un lado el abrigo y á otro el sombrero, que está hecho una sopa, coge la primera silla que halla á mano, colócala delante de la chimenea, se sienta en ella espatarrado, aproxímase cuanto puede á la lumbre, y junto á ella permanece, y la hurga, y la anima, y la disfruta, chupando deliciosamente un cigarro, y garabateando en la ceniza con las tenazas, y diciendo de cuando en cuando:— ¡Vaya un tiempo!— Era una de aquellas noches en las cuales el marido más aburrido y desamorado arrima más de lo que suele la silla á la de su mujer; y el soltero recalcitrante fantasea los goces íntimos y tranquilos de la vida de familia, y renunciando á los placeres mundanales, se mete entre sábanas muy tempranito, se encoge cuanto puede para hacerse un nido calentito y abrigado, sin dejar fuera de la cama más que la mano con que sostiene la novela, de la cual lee dos ó tres páginas, se duerme plácidamente, aumentando el placer del calorillo y el bienestar, retrayendo á la mente la imagen de los desventurados que carecen de cama y de hogar: una de aquellas noches en que la vida de una ciudad se refugia alrededor del hogar doméstico, junto al cual las conversaciones entre la familia y los amigos más íntimos se prolongan algo más de lo acostumbrado, hasta tanto que los pequeñuelos, acosados por el sueño, comienzan á tirar disimuladamente del vestido á la mamá para recordarle la camita que aguarda, y se van al cabo á dormir saboreando anticipadamente la dicha que les espera el día siguiente, cuando emprendan con los compañeros recia y descomunal batalla en la que han de ser proyectiles esponjosas bolas de nieve: una de aquellas noches, en suma, en que, como sientan los troneras, los tres deseos más vivos que se sienten son: una cara bonita, un libro agradable y un confortativo licor.

Todos, hasta los más menesterosos, encuentran en tales

noches la caridad de un techo bajo el cual pueden guarecerse, un poco de fuego en que calentar los ateridos miembros y un puñado de paja en que descansar el cuerpo: todos encuentran un refugio contra la nieve, siquiera hasta las primeras horas de la mañana; siquiera hasta que deje de caer con aquella abundancia que no parece sino que quiere sepultar las casas; todos descansan, y duermen, y reposan, todos, menos el centinela, para el cual no existe techo, ni hogar, ni reposo, y sí únicamente una aislada garita de madera, una pesada manta de fieltro, y la consigna comunicada por el cabo.

Fijad vuestra mirada en el fondo de aquella plaza completamente cubierta de nieve, é iluminada en derredor por una cuádruple hilera de faroles, allí donde abre el ancho portal de aquel palacio negro, de colosales y vetustas formas, que revelan los amplios é iluminados ventanales: mirad ahora en aquella garita á un hombre envuelto en su manta, firme é inmóvil como una estatua de mármol. Hace mucho tiempo que allí permanece sin hablar, sin moverse, empuñando con yerta mano el cañón de su fusil, con los pies cubiertos de nieve, con la mirada fija y escrutadora cual si quisiera contar los densos copos que caen á su alrededor. De cuando en cuando sus ojos se entornan, la cabeza se inclina suavemente sobre su hombro; pero de repente, cual si oyera la advertencia ó el aviso de una voz amiga, levanta resueltamente la cabeza, abre y dilata los ojos, y los vuelve á todas partes, más rápidos y vigilantes, deseoso de tranquilizar su conciencia por aquellos momentos de inercia y languidez. Miradlo, sí, todos, hasta los más infelices tienen un techo hospitalario bajo el cual guarecerse, un hogar en que calentarse, un hecho humilde en que descansar, todos, sí, todos. Él no tiene nada de eso.

Tales pensamientos revolvía yo en mi mente, en una de las últimas noches de un mes de Enero, en la cual, con una mitad de compañía, hallábame de guardia en aquella plaza

precisamente y en aquel mismísimo palacio. Y así discurrendo, paseaba arriba y abajo, á corta distancia de la puerta, midiendo á breves pasos una pequeña porción de la plaza desprovista de nieve, dirigiendo de vez en cuando mis miradas á las numerosas ventanas radiantes de luz, al través de las cuales, confusos y apagados, llegaban á mis oídos sonos armoniosos de flautas y violines, y rumores cadenciosos como de pasos que se movían á compás en toda la extensión de vastos aposentos. Convirtiendo luego la mirada al espacioso vestíbulo, fijábala en los opalinos globos de cristal, que difundían sus plácidos y tenues reflejos sobre las alfombras y los jarrones de flores que adornaban la marmórea escalinata, y los naranjos y laureles que cubrían las paredes; y delante de mí, entre la puerta y el sitio en que me hallaba, un continuo pasar de coches de lujo; un vocear incesante de cocheros; un subir y bajar no interrumpidos de damas y caballeros, y precipitarse afanosos á las portezuelas, y abrirlas reverentemente, y ofrecer la mano con el mayor respeto, y luengas y rozagantes vestes, y cabezas ricamente prendidas, y espinazos que se encorvaban, y lacayos que llegaban y desaparecían, vistiendo lujosas, ricas y deslumbrantes libreas. Llega una carroza blasonada, se detiene, los lacayos saltan de su asiento, todo el mundo abre paso, diez manos se lanzan á la vez á abrir la portezuela, tiénese por afortunado el que alcanza la manecilla, la portezuela se abre de golpe, los circunstantes se forman en ala á derecha é izquierda, alárganse los pescuezos, se fijan las miradas, aparece una cabeza, un pie diminuto, una mano aprisionada en albo guante irreprochable, de en medio de la muchedumbre se adelanta otra mano que apenas roza la otra, oprimiéndola tímidamente la punta de los dedos;—desciende el pie brevísimo,—despacio,—con cuidado,—un poco más,—más aún,—el piecito toca al suelo. ¡Precioso! ¡Lástima grande que rozara con un copo de nieve! ¡Oh desgracia! Quedó engan-

chada en el coche la cola del vestido. Un clavo, se habrá cogido en un clavo. Pronto, corred todos, dos, tres, cuatro. —¿Dónde se cogió?—Aquí.—No.—Allí.—Cuidado.—Poco á poco.—No vaya á desgarrarse.—Con mucho tiento.—¡Ya está!—¡Por fin!—La cola está libre; la dama también y luce toda la pompa y gallardía de su persona. ¡Arrogante figura! Apartaos: abrid paso: contempladla. Un rico albornoz sólo consiente vislumbrar una parte insignificante de aquel rostro encantador (una cara de ángel). Y roba á las miradas indiscretas la nítida blancura de las espaldas aterciopeladas y las elegantes curvas del talle; pero no importa, se comprende que han de ser divinas. La hermosa figura avanza muellemente,—se vuelve,—pone un pie en la escalera,—todavía se distingue un fragmento de su veste rozagante,—desapareció. ¡Qué desgracia! Mas no importa, los ojos de la fantasía la ven aún en medio de la embriagada muchedumbre que llena aquellos animados salones, y la distinguen, sin que pueda confundirse con otra alguna, de aquellas sienes ornadas de pedrería, y de camelias, y contemplan los rizos ondulantes de su magnífica cabellera y las flores que las adornan, y la siguen en medio de las revueltas y de los giros rápidos de la danza, al través de aquel fuego graneado de codiciosas miradas que se provocan, se buscan, se ocultan amablemente astutas, se encuentran amablemente audaces, y entre la fascinación del abandono muelle, y la voluptuosidad de los suaves apretones, languidecen, relampaguean, solicitan, rechazan, prometen, castigan, conceden y arrebatan hasta el mismo cielo.

Y él está allí, pensaba yo, ¡pobre soldado! ¡Y expuesto al frío, á la nieve, solo, mudo, olvidado, sin consuelo, sin esperanza! Allá música, y baile, y risa, y placer: se goza la vida con sus placeres más intensos y embriagadores, en tanto que él, allá, en medio de aquella soledad y de aquella estrechez, vese obligado á escuchar el estrépito de la danza